

salían peor parados. Eran acusados de ser los esbirros del Papa, emisarios de Roma, agitadores de los pueblos, responsables de latrocinios y contrabandos, apoyar la sedición y el tiranicidio, afán de poder, explotadores de las Indias e intento de constituir un reino jesuítico en América, doctrina laxista... En fin, que la Compañía por su naturaleza intrínseca se oponía a los derechos de la soberanía. Para acabar con el peligro jesuítico, Portugal les expulsa en 1759, Francia hace lo mismo en 1764 y en España se comienza hablar de ello a finales de 1759, aunque no se llevó a cabo hasta la primavera de 1767, con el pretexto del dictamen de Campomanes, en el que les acusaba de ser los instigadores del motín y de las sátiras y pasquines posteriores. Por fin suena el «delenda est Cartago» y Tanucci informa a Grimaldi como ha explicado al joven monarca de las Dos Sicilias las causas del extrañamiento, a fin de prepararle para su expulsión en este Reino, que se decretó el 31 de octubre.

La expulsión se hizo con la mayor cautela y en España no suscitó revueltas populares, cosa que sí que sucedió en algunas zonas de América. A la expulsión siguió la represión o marginación de las autoridades civiles y eclesiásticas que les habían apoyado y, sobre todo, sirvió de aviso de mareantes para los enemigos del regalismo, que se acentuó en los años siguientes.

El libro finaliza con unas páginas en las que se pregunta por la responsabilidad última del motín. ¿Fue el duque de Alba? ¿Y Aranda, Roda, Osma, Campomanes y Beliardí? ¿Y los Jesuitas? Como es lógico no responde a estas preguntas, se limita a insinuar lo que dicen ellos mismos y otros. La obra se completa con casi ochenta páginas de anexos de gran interés.

En fin, estamos ante un libro de información densa, rica y variada, que ayuda a comprender un poco mejor la complejidad de las causas y concausas que confluyen en

el motín de Esquilache, superando la interpretación economicista y la del simple complot, a la vez que recalca la vertiente americana de los motines y la implicación del comportamiento de los Jesuitas en las Indias.

Maximiliano Barrio Gozalo

ASTIGARRAGA GOENAGA, Jesús

*Los ilustrados vascos. Ideas, instituciones y reformas económicas en España*, Barcelona: Crítica, 2003, 279 pp.

La formación de sociedades económicas en el último tercio del siglo XVIII en España ha sido considerada por los estudiosos como uno de los principales instrumentos del reformismo ilustrado que los gobiernos de Carlos III y Carlos IV quisieron estimular para lograr una cierta modernización de la sociedad española. El principal impulsor de este movimiento fue Campomanes, quien, a partir de la creación de la Sociedad Matritense en 1775, trató de imponer un modelo de sociedad económica extensible a todo el territorio de la monarquía acorde con su ideario reformador y bajo su supervisión y control. No obstante, las maniobras del fiscal del Consejo tuvieron presente y se vieron influidas por la existencia de un precedente: la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, precursora en España de este movimiento representativo de la Ilustración, que fue fundada por un círculo de nobles ilustrados vascos a partir de reuniones y tertulias de cierto carácter científico e inspirándose en las sociedades económicas europeas. Su carácter de pionera y su organización y evolución particular, manteniendo siempre sus características peculiares y apartada del arquetipo de Campomanes, hace de la Bascongada un caso central en el estudio de la Ilustración

española. Es a esta sociedad y a sus vicisitudes a las que se dedica este libro.

El profesor Astigarraga culmina con esta obra una amplísima trayectoria como investigador de la historia del pensamiento económico de la Ilustración en el País Vasco y Navarra. Sin embargo, sus conocimientos del periodo ilustrado se extienden a otras muchas cuestiones: Jesús Astigarraga ha puesto a disposición del investigador y del público en general estudios precisos y detallados sobre la introducción e influencia en España del pensamiento de economistas ilustrados franceses e italianos, como es el caso del ministro de Luis XIV Necker o de los economistas napolitanos en la segunda mitad del XVIII. El autor se ha interesado desde hace mucho tiempo por el desarrollo del ideario ilustrado en el territorio foral vasconavarro. Fruto de este interés fue su tesis doctoral, «Pensamiento económico y reforma ilustrada de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País 1760-1793», dirigida por Ernest Lluch y leída en 1991, cuya síntesis madura presenta este libro, así como multitud de otras obras y colaboraciones con otros investigadores, entre las que cabe destacar el detallado estudio de los ilustrados navarros Xavier de Argáiz y el marqués de San Adrián, figuras clave de la Ilustración en Navarra.

*Los ilustrados vascos* supone la actualización, revisión y ampliación de los conocimientos de que hasta ahora disponíamos sobre los orígenes y primer desarrollo de la Bascongada. La obra está dedicada a Ernest Lluch, quien también realizó aproximaciones al tema de la Ilustración vasconavarra, en ocasiones de la mano del propio autor. La tesis principal que Astigarraga desarrolla en este libro es la constitución de la Bascongada como una institución que encajaba en su seno un ideario reformista alternativo a las posturas tanto de las instituciones forales como del Gobierno central. La Bascongada sería una pieza esencial de

un movimiento que Astigarraga llama «fue-rismo ilustrado», que constituiría el germen de la modernización de la estructura foral ante la evidencia de los obstáculos que tal ordenamiento suponía para el desarrollo económico de la región. La Bascongada, basculando entre una adscripción liberal que la alejaba del Antiguo Régimen, y la lealtad a los fueros, que la insertaba de lleno en las estructuras legislativas de aquel, adoptaría posturas posibilistas, tratando de no comprometer su programa de reformas. La historia de sus relaciones tanto con las instituciones forales como con el Consejo de Castilla está sembrada de desencuentros. La Bascongada que describe Astigarraga quedaría como un intento impotente de comunicar las nuevas ideas de modernización económica a una sociedad dominada por la tradición, por un lado, y en un país —España— donde el Despotismo Ilustrado atendió las reivindicaciones de la Sociedad sólo cuando las consideró coincidentes con sus intereses. La historia de los Amigos es, por tanto, la de una tentativa de modernizar y llevar el progreso económico a un país que no quiso o no pudo implementar unas ideas innovadoras que en ocasiones chocaban con los intereses de ciertos elementos sociales.

Jesús Astigarraga estructura su libro en una introducción y cuatro partes correspondientes a otros tantos periodos diferenciados de la historia de la Bascongada, cuyos títulos resumen en una palabra los avatares de la Sociedad entre los años 1765 y 1794: «Organizándose», «Programando», «Reformando» y «Adaptándose». La introducción sirve para plantear las cuestiones que el autor tratará de responder en el resto del libro: Con respecto a la Bascongada, Astigarraga se pregunta si fue esta una Sociedad distinta del resto de sociedades económicas que se fundaron posteriormente en España. Mirando al movimiento ilustrado vasco, la cuestión central es si hubo una Ilustración

vasca peculiar en sus características, con personalidad propia. Dos cuestiones que resultan de sumo interés para profundizar en el conocimiento del periodo ilustrado español, en torno a la debatida cuestión de su heterogeneidad interna.

En la primera parte, el autor repasa los orígenes de la Bascongada. Estos se encuentran en el carácter de cierta nobleza guipuzcoana propietaria ilustrada, interesada por las cuestiones económicas, lectora de libros foráneos, con experiencia en las instituciones administrativas de la provincia, algunos de cuyos miembros habían estudiado en el extranjero, especialmente en Francia. La organización de parte de esta nobleza, dirigida por hombres como Javier María de Munibe (conde de Peñaforida), Manuel Ignacio de Altuna y Joaquín de Eguía (marqués de Narros), en reuniones y tertulias científicas daría origen a las Juntas Académicas de Azcoitia en 1748. La necesidad de un mayor grado de institucionalización de sus actividades, así como el creciente interés por los temas económicos y un énfasis especial en la dimensión científica y docente, daría paso a la constitución de la Sociedad Económica de Guipúzcoa en 1763, inspirada en las sociedades económicas europeas y en las sociedades de agricultura francesas y con una voluntad de convertirla en un instrumento de intervención en la vida económica guipuzcoana (de hecho, aspiraba a adjudicarse las competencias económicas que los fueros dejaban en manos de las Juntas guipuzcoanas convirtiéndose en un cuerpo especializado). La Sociedad de Guipúzcoa, sin embargo, quedaría como un precedente invalidado ante la constitución de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País que comenzó su andadura en 1764 con la aprobación de sus primeros estatutos, y la adopción del lema *Irurac bat*: «las tres provincias hacen una». El tránsito de la Sociedad Económica de Guipúzcoa a la Sociedad Bascongada es

recorrido por el autor sin demasiado detenimiento, lo que deja algunos interrogantes abiertos al lector. La rapidez con que se constituyó la Sociedad prueba, a juicio del autor, la existencia de un estado de opinión favorable a las reformas en las tres provincias, no sólo en Guipúzcoa. La Bascongada era un ensayo de institución enraizada en los tres territorios y nacía plenamente insertada en el sistema foral, pero no como institución dependiente de las Juntas forales, sino con estructura y organización propias, lo cual constituiría fuente de futuros problemas y eventualmente conduciría al fracaso de muchos de los programas reformistas que trató de aplicar la Sociedad. La Bascongada nació asimismo con la aspiración política de representar a las tres provincias en la monarquía en una suerte de acción unitaria, pero nunca los Amigos elaboraría un análisis expreso destinado a hacer de las tres provincias una entidad política diferente, aspecto éste que confiere al libro una absoluta actualidad en nuestros días.

La organización de la Bascongada se realizó según criterios territoriales, dividiéndose en comisiones provinciales, tal cual correspondía a las diferentes estructuras económicas, grados de desarrollo y necesidades de cada territorio. Ello otorgó a cada comisión una característica diferente: En Guipúzcoa se produjo la polarización entre la nobleza, vinculada al Seminario de Bergara, y los socios comerciantes agrupados en torno a la comisión de San Sebastián, lo que era una fuente potencial de conflictos. La comisión vizcaína, basada en la nobleza próxima a la guipuzcoana, rápidamente trató de acoger en su seno al comercio bilbaíno, que la acabaría dominando. En Álava el núcleo principal estaba constituido por la nobleza vitoriana cercana a Peñaforida y por párrocos de aldeas circundantes a la capital. Esta configuración de la Bascongada hace pensar que las tres comisiones fueron mucho menos homogéneas de lo

hasta ahora considerado, así como que la Ilustración vasca fue más que un movimiento funcionarial. La posición de los socios respecto a las instituciones forales fue también dispar; muchos ejercieron presión para no incomodar a la mayoritaria nobleza no ilustrada presente en aquellas. Pero a la vez, los Amigos tenían conciencia de la labor ilustrada que debía llevar a cabo la Sociedad, aspecto en el que fue pionera en España.

Organizada la Bascongada, inició una etapa de expansión alcanzando presencia en diversas ciudades españolas, especialmente Madrid, de la mano de la Congregación de San Ignacio; Pamplona, dado el carácter foral del Reino de Navarra; Sevilla y Cádiz. El modelo de la Bascongada también fue exportado por Campomanes, socio honorario de la Bascongada desde 1769, quien se inspiró en el modelo vasco para impulsar desde el poder la creación de sociedades económicas capaces de canalizar las reformas ilustradas en todo el país. Sin embargo, señala Astigarraga que las sociedades de Campomanes se diferenciaron de la Bascongada, dando origen a movimientos reformistas diversos. El ejemplo de la Bascongada sólo fue seguido fielmente por la Sociedad Tudelana, que fue fundada por algunos miembros navarros de la Bascongada.

En la segunda parte, «Programando», el autor analiza los textos más representativos sobre el modelo de desarrollo que la Bascongada proponía para la economía vasca. El *Plan de una Sociedad Económica* (1762-1763), de Peñafiorida, y el *Ensayo de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País* (1768) de Peñafiorida y Narros, adaptaban al entorno vasco ideas económicas del liberalismo fisiócrata. Ambas incidían en la necesidad de reformar profundamente la economía del territorio, mejorando la agricultura y utilizando la mano de obra sobrante en la industria —con la que aquella

debía avanzar «hermanada»— y el comercio, idea que alejaba a Peñafiorida de las máximas de Quesnay. Ello sólo podía llevarse a cabo con la integración y complementariedad económica de todo el territorio vasco. De este modo, la Bascongada diseñó su plan de reforma agraria teniendo en cuenta las peculiaridades de cada provincia y la especialización que esta permitía: Álava se dedicaría a la producción de subsistencias y materias primas para el textil y las provincias atlánticas al prado artificial y al plantío, dada su agricultura intensiva y los requerimientos de su siderurgia. Peñafiorida acompañaba estas ideas de un poblacionismo moderado, con la vista puesta en el bienestar público. El aspecto industrial y comercial del programa de la Bascongada corrió a cargo de Narros en el *Ensayo*. En él convergían las tradiciones de Montesquieu y Hume favorables al comercio como medio de humanizar las naciones, y la de los economistas británicos de finales del siglo XVII, que demandaban la liberalización comercial aún sin despegarse del mercantilismo. Narros se esforzó en mostrar la necesidad del comercio para la economía vasca, a la vez que presentó un extenso programa industrial para fomentar las «fábricas», especialmente las de acabado siderúrgico y las de productos de primera necesidad. Por su parte, la *Recreación política* de Arriquirbar, el miembro más activo de las comisiones vizcaínas, es objeto de un estudio más minucioso. Antifisiócrata inspirado en Forbonnais, Arriquirbar proponía un modelo de desarrollo para la economía española en su conjunto eminentemente industrialista, con un sector manufacturero orientado al mercado más avanzado que el agrícola, el cual debía ser capaz de ofertar materias primas baratas a la industria. A ello acompañaría un comercio activo para dar salida a las manufacturas y una política de remoción de las trabas a la circulación. Así se apartaba de reformistas contemporáneos como Ward y

Campomanes. Es en este ambiente de propuestas diversas de «programación» cuando la Bascongada completó su plan económico agrícola e industrial con otras aportaciones sobre cuestiones tales como el debate sobre la bondad del lujo, la organización de la caridad, la educación, los gremios, y la rehabilitación de la honra de la actividad comercial entre la nobleza.

Explicitados los numerosos planes que los miembros de la Bascongada propusieron para el desarrollo económico vasco, Astigarraga procede a analizar los esfuerzos efectivos de reforma de los Amigos en la tercera parte de su obra, «Reformando». Son las reformas del campo y de la industria las que copan principalmente el programa de los Amigos. Las reformas agrícolas se orientaron de forma distinta para las comarcas atlánticas y las alavesas: En las primeras, la Bascongada trató de fomentar los abonos y la introducción de nuevas semillas y sistemas de cultivo más eficientes. Para la Llanada alavesa se realizó un planteamiento más global, con un frente extensivo, incidiéndose en la racionalización de las nuevas roturaciones y el asentamiento de población, y otro intensivo, con la introducción de nuevas plantas y la rotación de cultivos. El éxito de la reforma en el campo fue relativo, cosechándose sonoros fracasos como en el ambicioso plan de asentar población guipuzcoana en Álava. Respecto a la industria, la Bascongada trató de implementar soluciones diversas para cada provincia. En Álava se trató de fomentar la industria textil a través del sistema de *putting-out* como complemento de las labores agrarias, financiando el circulante a los artesanos, y la organización productiva del Hospicio de Vitoria, a imitación de otras experiencias europeas, proyecto que no pudo con los problemas financieros y comerciales. En Vizcaya la experiencia más potente fue la creación de la Compañía de Pesca de Bilbao, para tratar de evitar la

importación de conservas de pescado extranjeras, intento que culminó en fracaso debido a la oposición de los gremios de pescadores y el escaso apoyo gubernamental (Arriquíbar ya había señalado que para el caso vizcaíno eran las aduanas las causantes de la escasez de industria, solicitando su eventual traslado al mar, o al menos una reducción de aranceles a la Real Hacienda). En lo que atañe a Guipúzcoa, la Bascongada trató de fomentar la siderurgia en dos frentes: El primero buscaba pasar de un modelo extensivo a otro intensivo en tecnología que redujese el problema de la carestía del carbón vegetal; y el segundo trataba de impulsar la industria del acabado a través del fomento de sistemas organizativos más maduros, en forma de compañías industriales. La experiencia más importante fue la Compañía de Cuchillos de Bergara, que tampoco pudo soportar la competencia. Además de la agricultura y la industria, la Bascongada intentó introducir reformas en otros campos. Así, buscó insertar los hospicios en el sistema productivo, como en Vitoria, e impulsó la labor investigadora empírica en disciplinas como la geografía, la minería, la historia natural, la economía y la demografía, donde los Amigos contaron con la colaboración de profesionales de dentro y fuera del territorio vasco, orientándolas hacia fines económicos, como la mejora de la ocupación y trabajo de la tierra. Pese al fracaso en muchos de estos intentos, ésta supuso la primera investigación de economía aplicada vasca, que Campomanes trataría de extender a otras sociedades económicas.

Una parte de sumo interés de este apartado es el análisis de las causas de los numerosos fracasos de las reformas de la Bascongada. A juicio del autor, estos respondieron a la asimetría entre las reformas ilustradas y el soporte político en el que se insertaban, el marco foral. Los intentos de los Amigos chocaron con resistencias

territoriales (que en San Sebastián tomaron la forma de una nueva Sociedad Económica de San Sebastián); resistencias sociales, en forma de oposición de labradores y artesanos a cambiar sus formas tradicionales de producción; y finalmente, resistencias políticas, en dos frentes: el frente foral, donde se toparon con la oposición de las diputaciones, variable según la fuerza de los Amigos en ellas; y la oposición del Consejo de Castilla, que apoyó las reformas de la Bascongada sólo cuando coincidieron con sus intereses. Sin embargo, dice Astigarraga, fue el marco foral el principal obstáculo para llevar a cabo las reformas ilustradas, cuestión que los Amigos habían soslayado para evitar enfrentamientos con las instituciones forales. La polémica fue inevitable cuando en 1778 se planteó sin ambages la cuestión del traslado de las aduanas y la habilitación de los puertos vascos para comerciar con América. La Bascongada se mostró favorable a la habilitación, y trató de coordinar las posturas favorables a la liberalización comercial desde una posición proclive a la negociación para salvaguardar los fueros vascos. Varios de los miembros más activos de la Bascongada reconocieron que las aduanas eran las culpables del atraso industrial vasco cuando comprobaron que las reformas ilustradas dentro del marco foral habían fracasado, optando por un intento de reforma de ese marco. Esta posición se vio enfrentada a la de cierta nobleza terrateniente interesada en mantener el *status quo* por los beneficios que obtenía en la compra barata de bienes introducidos en el territorio vasco libres de recargos. La postura moderada de la Bascongada no fue atendida por las diputaciones. Esta crisis, que tendría su continuación en el debate aduanero en Navarra en 1780-81, junto a los fracasos de las reformas de la Sociedad, abrió una nueva etapa en la vida de ésta.

Astigarraga completa esta parte tratando de resolver la cuestión de si hubo un fue-

rismo ilustrado, es decir, un movimiento ilustrado que no negase la validez de los fueros como marco legislativo. El autor piensa que la postura moderada de la Bascongada no debe minimizarse, puesto que estaba destinada a abrir una brecha en las resistencias de la nobleza territorial, buscando una orientación hacia la integración en el resto de la monarquía, pero en unos términos graduales que «suponían un reformismo pragmático que explotaba la única vía de reforma posible y que dejaban la puerta abierta para transformaciones futuras de mayor calado». La estrategia de choque de la Corte no ayudó en nada a este movimiento, que quedó en fracaso. En suma, concluye Astigarraga, «el sistema foral se convirtió en la traba más importante para el desarrollo del programa ilustrado en el País Vasco». El autor expone así claramente la postura de la Bascongada respecto a la relación de las provincias vascas con la monarquía, pero también su estrategia gradualista y su talante negociador frente a unas instituciones forales inmovilistas y un gobierno impaciente. El fracaso del debate aduanero para la Bascongada dio origen a una literatura que abrió una brecha entre la Ilustración y los fueros, que fueron especialmente denunciados por Foronda en 1783. Sin embargo, la Bascongada no había sido ajena a una corriente ilustrada renovadora del fuero, que confirma la idea de que la Ilustración vasca no fue antiforalista. El fracaso de las reformas y el enfrentamiento con las juntas forales llevó a la Bascongada a replegarse en torno al Seminario de Bergara, perdido el soporte institucional y visto que la implicación de las instituciones forales y la nobleza en la reforma ilustrada era ya inviable.

La última parte de la obra, «Adaptándose» la dedica el autor a explicar cómo los años del reformismo optimista dieron paso a una nueva situación en que el viraje conservador de Floridablanca para evitar el

contagio de los aires revolucionarios franceses tuvo gran influencia en la Sociedad. Mientras la tensión científica de Bergara decaía y los comerciantes de Bilbao y San Sebastián se radicalizaban por influjo francés, la Sociedad se volvió hacia la agricultura, hasta entonces subordinada a la industria, produciendo los Amigos algunos textos de economía agraria. En esta década los ilustrados vascos se consolidaron como un grupo de presión que intentó influir en las líneas de reforma agraria que desde la monarquía se imponían, tratando de extender a toda ésta el modelo productivo de Vizcaya y Guipúzcoa con el pequeño cultivo como vértice. La Bascongada entroncó con las corrientes partidarias de preservar la diversidad de cada región en su desarrollo agrario, y no realizó contribuciones a la literatura sobre la reforma agraria, lo que Astigarraga achaca tanto a la dificultad que la Bascongada encontró para uniformar la agricultura vasca como a la presencia en los Amigos del ideario liberal fisiócrata.

La otra gran línea de la Bascongada en la década de los ochenta la marcará la figura de Foronda, quien, según el autor, en sus escritos de juventud probó una estrecha conexión con el ideario de la Bascongada, del cual Foronda se alejaría paulatinamente durante su etapa de madurez, aunque nunca dejó de tener a la Sociedad en consideración. Astigarraga reivindica así una mayor proximidad de Foronda a la Bascongada de lo que habitualmente se ha supuesto, que se manifiesta tanto en su ideario económico, como en la elección de sus temas de interés, su espíritu reformista, su punto de vista metodológico o sus fundamentos económicos, de forma que sus escritos transitaban por vías abiertas anteriormente por otros Amigos. Foronda realizó también contribuciones novedosas, como la divulgación del pensamiento cameralista traduciendo las *Instituciones politiques* de Bielfeld, lo cual se plasmaba en su

alabanza de las buenas providencias del Gobierno de Carlos III: la liberalización comercial, la política industrial, etc. En las *Cartas de Mr. de Fer* expuso su ideario de reformas para la economía de los territorios forales, incidiendo en el industrialismo y la concentración y cercado de parcelas, lo cual venía a coincidir con el programa de la Bascongada. El Foronda maduro torna la mirada hacia la fisiocracia y el análisis abstracto en las *Cartas sobre economía política* (1789), cuyo núcleo analítico y la normativa de política económica se encuadran en la idea del orden natural fisiócrata. Foronda opera en esta obra en el plano de la abstracción, y propone como principio rector de la economía la libre competencia, ciñendo el papel del Estado a la creación del marco institucional que permita el ejercicio de los derechos de los agentes económicos. Según Astigarraga, seguramente Foronda no concibió estas *Cartas* para su aplicación, dado el programa de máximos que planteaba, irrealizable en ese contexto. Sin embargo, Foronda no siguió a los fisiócratas en el plano del análisis económico. En sus *Cartas sobre la policía*, publicadas en 1801, prolongación de las anteriores, se centró en la aplicación práctica de los principios del orden natural analizados en éstas. Foronda empleó como principio normativo de su análisis el logro de la felicidad de todos los ciudadanos como objetivo principal del sistema económico, revelando la influencia del utilitarismo previo a Bentham. Los fundamentos de la propiedad, seguridad, libertad (principios fisiócratas) e igualdad (añadido por Foronda) no eran suficientes para alcanzar tal objetivo, haciéndose necesaria la presencia de un gobierno ilustrado que estableciese ciertos límites al ejercicio de aquellos. Astigarraga piensa que ambos escritos, pese a revelar un peso distinto de fisiocracia y utilitarismo en ellos, deben contemplarse como una obra única con dos partes, la primera dedicada al análisis

abstracto de los principios del orden natural; y la segunda ocupada en las aplicaciones de estos principios desde un enfoque de bienestar colectivo. Para el autor, por otra parte, las *Cartas* representaron un caso en el que las ideas fisiócratas actuaron de freno para la penetración del liberalismo de Adam Smith en el territorio vasco. Los textos de Foronda supusieron desde el punto de vista analítico un salto cualitativo respecto a los escritos anteriores de la Bascongada, sin embargo surgían en un campo abonado por la primera generación de Amigos. Las *Cartas* suponían la continuación del legado de la Bascongada en el ámbito normativo al preferir la agricultura organizada en torno al pequeño cultivo y la defensa de la industria, dos aspectos en los que Foronda chocaba con el ideario fisiócrata. La obra de Foronda se convirtió, a juicio del autor, en un nexo perfecto de unión entre la tradición económica de la Bascongada y el liberalismo del siglo XIX, al sostener el industrialismo, marca identitaria del programa de la Sociedad, y explicar el orden económico liberal según los principios de los *économistes*, cuyo programa exigía cierta intervención estatal.

Jesús Astigarraga cierra su obra con el triste epílogo de la definitiva crisis de la Bascongada, tras una fase de cierto esplendor del Seminario de Bergara, con la presencia en el mismo de renombrados científicos (Chabanneau, Proust, los hermanos Elhuyar, etc.) y la realización de importantes descubrimientos científicos, como el wolframio y el refinado del platino. Desavenencias con el Gobierno en la cuestión del reconocimiento de los estudios bergareses y los intentos de aquel de hacerse con los resultados científicos más importantes del Seminario durante el gobierno de Godoy, supusieron un fuerte golpe para la Bascongada, que fue definitivo con la entrada de las tropas de la Convención en Guipúzcoa y

las acusaciones a los Amigos de haber incitado a la rendición de Guipúzcoa. En el periodo de entreguerras coincidió la presencia de desavenencias en el seno de la Bascongada con la muerte de los principales miembros de la generación fundadora, la suspensión indefinida de las Juntas Semanarias y la toma de control directo del Seminario por el Gobierno en 1804. Tras la Guerra de la Independencia, la tendencia fue la de ceñir el marco de las reformas al ámbito provincial, dada la imposibilidad de recrear una entidad autónoma a la cual las instituciones forales cediesen competencias sin su control directo. Astigarraga concluye que el impulso reformista no desapareció, sino que buscó acomodación en el marco provincial, una vía más pragmática y posible, dado el fortalecimiento de las provincias respecto al poder central. El legado de la Bascongada, en el largo plazo, pervivió en el siglo XIX a través del fuerismo liberal, concebido y desarrollado por sus socios, a través de la articulación de los territorios forales en la monarquía, y el programa proteccionista de productores y comerciantes vascos y navarros en su intento de participar en los mercados interior y colonial, proceso que conducirá finalmente al traslado de las aduanas.

En definitiva, la minuciosa obra del profesor Astigarraga se hace de lectura imprescindible para quien esté interesado en conocer la evolución económica, social y cultural del territorio vasco en el siglo XVIII. Una obra que asimismo nos acerca a la cuestión problemática de la inserción de los territorios forales en la Monarquía española, la cual hace del libro de Astigarraga una obra de gran actualidad, a la vez que muy recomendable para el interesado en estudiar el desarrollo histórico del País Vasco y de su peculiar organización administrativa.

Javier San Julián